

da la magia de que está ahora investido y se desgasta en la lucha contra la crisis económica, en la cuestión de Chipre, en las relaciones con Turquía y en el ejercicio real o supuesto de la democracia.

Podría ocurrir también que Grecia, como Francia, experimente una supresión de matices políticos en el futuro y la lucha se presente como un enfrentamiento entre derecha e izquierda.

Pero nada de esto se podrá ver con claridad hasta que transcurra el referéndum del 8 de diciembre y el Gobierno proponga a la Cámara una Constitución clara y un

sistema electoral. Grecia no puede recoger mucho de las tradiciones propias de antes de la Junta, porque todo el período que va desde la guerra civil hasta el golpe de Estado estaba maleado políticamente. La estabilidad del país dependerá de que las nuevas instituciones, republicanas o monárquicas, sean realmente nuevas y permitan una especie de salida desde cero. Si se hace así, Caramanlis aparecerá como un auténtico restaurador de la democracia; de lo contrario, la oposición verá cómo se cumple su acusación de "golpe de Estado electoral". ■

ISRAEL-PALESTINA

Negociar o guerrear

Hay que pensar seriamente en la eventualidad de una nueva batalla sangrienta en la guerra de Israel con los países árabes. Israel necesita urgentemente elevar la tensión al máximo en el campo de batalla con la intención de recuperar el terreno que pierde cada día en la diplomacia y en la política. En gran parte, la capacidad de Israel para despertar solidaridades y simpatías en el mundo occidental ha ido menguando, pese a sus posibilidades de dominio sobre los medios de información; en una parte aún mayor, el miedo mundial a provocar una nueva crisis del petróleo, un nuevo embargo árabe, que sería catastrófico en una situación como la actual, influye de una manera decisiva. Israel, que tuvo el mundo a su favor, se encuentra ahora con la indiferencia o la hostilidad. La fuerza del «arma del petróleo» parece mucho más eficaz de lo que se creyó en el último trimestre del año pasado.

Los palestinos, que parecían definitivamente derrotados hace un año, tienen ahora una fuerza que no tuvieron nunca. La han sacado en parte de la conferencia de Rabat, obteniendo la solidaridad de los otros países árabes —aun de mala gana, aun forzados algunos de ellos, como Jordania— y, sobre todo, del debate sobre la cuestión palestina en la Asamblea General de las Naciones Unidas, iniciado por el discurso de Arafat, que supone un reconocimiento gubernamental de la Organización de Liberación de Palestina; reconocimiento que algunos países —entre ellos Francia— han realizado ya. El frente occidental unido, que se consiguió a raíz de las batallas del año pasado —por la presión directa de Nixon y Kissinger—, se está rompiendo. Algunos

creen que la opinión interior de los Estados Unidos pueda comenzar a apartarse de la causa de Israel. La conferencia del general Brown, jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos, ha causado un gran impacto en Israel. Brown dijo que era preciso disminuir la influencia judía en Estados Unidos, donde, «como todo el mundo sabe, poseen los Bancos y los periódicos de este país, así como las estaciones de televisión», y que «hay que esforzarse con acabar con la influencia judía en el país y echar abajo los grupos de presión» de los judíos, que «son tan fuertes que incluso no se puede creer»; los grupos de presión sionistas superan al mismo Congreso. Brown no es un general cualquiera, ya que ocupa el puesto de mayor categoría dentro del Ejército americano. La fuerza de los judíos es tal, que Brown ha recibido una severa reprimenda por parte de Ford, e incluso se está hablando de la posibilidad de su destitución. Pero representa la opinión de una parte muy importante del Ejército. Al mismo tiempo, el Congreso ha cambiado desde las elecciones del 5 de noviembre, y aunque la nueva mayoría demócrata es tan sensible a la presión sionista como la republicana —si no más—, representa una opinión pacifista que tiene que hacer todo lo posible para evitar que la situación del Oriente árabe se convierta de nuevo en guerra, y que la guerra obligue a una intervención de los Estados Unidos.

Los esfuerzos de la Casa Blanca en estos momentos serían los necesarios para conseguir una negociación directa entre Israel y la Organización de Liberación de Palestina. Las respuestas de Israel a



El discurso de Arafat ha sido duro; ha planteado como un tema moral la existencia de Israel, de si una nación con vocación imperial y anexionista puede existir en el mundo de hoy, pero ha dejado viva la posibilidad de la negociación. (En la foto, el líder palestino, en la ONU.)

las gestiones de Kissinger en su reciente viaje, y a otras gestiones en el mismo sentido, han sido enteramente negativas. Rabin —primer ministro de Israel desde la caída de Golda Meir— sigue considerando que la Organización es un grupo de «asesinos terroristas» con el que no puede negociar. Los auténticos terroristas tampoco están dispuestos a negociar con Israel, e incluso mantienen que Yasser Arafat ha realizado una especie de entrega en la Asamblea General: su oferta de negociaciones supone un reconocimiento de Israel, que ellos no están dispuestos a compartir. No se trata de una negociación con terroristas, sino con una organización palestina reconocida por sus conciudadanos en gran parte, por los países árabes y por otros países, para regular el conflicto permanente. Sobre todo, no hay en este momento más que dos salidas posibles: o la negociación con los palestinos o la erupción de la

guerra. Es claro que Israel está amenazando con la guerra misma —sus agresiones armadas en las zonas de Siria y del Líbano la misma noche en que se pronunció el discurso de Arafat, sus preparativos de guerra a marchas forzadas— para conseguir que sus amigos contengan la fuerza palestina. Pero no hay mejor propaganda de guerra que la guerra misma, y esta es la que se dibuja en el horizonte, para fechas muy inmediatas. La opción de negociar es naturalmente dura para los israelíes, porque no se trata ahora de negociar con Egipto, con Siria o con otros países árabes, sino que por primera vez en su historia se plantea la necesidad de negociar con los propios palestinos, con los mismos a los que expulsó de su territorio o con sus descendientes, y la única posibilidad de que esta negociación consiga algo es la de entregarles una parte de los territorios conquistados y considerarles, por lo tanto, como un ▶

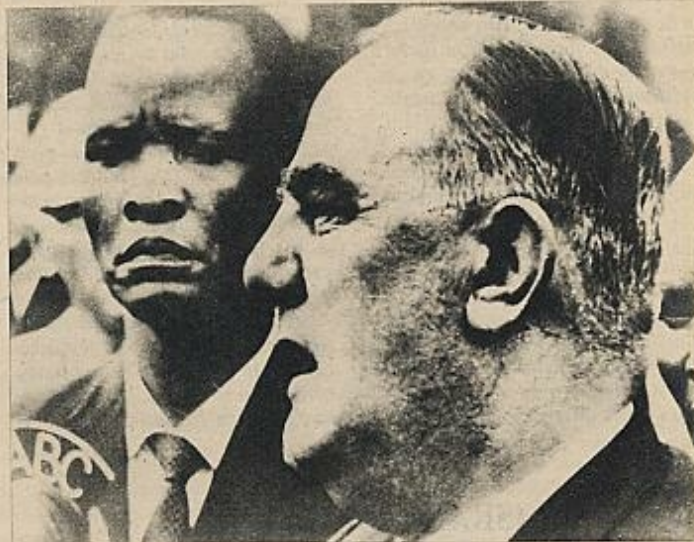
país vecino. Tiene también Israel que enfrentarse con una situación nueva: que la mayor parte de los países de Occidente consideran mucho más importante tener o no tener petróleo que la existencia o inexistencia del Estado de Israel.

Un factor más de la situación es la crisis económica interior. A pesar de la riqueza de Israel —propia y prestada por las comunidades judías de todo el mundo—, el costo de la guerra es enorme, y ha conducido a la devaluación de la libra israelí en una cifra que es un record en la reciente historia: el 43 por 100. Los precios han subido repentinamente de una manera dramática, y la escasez se está haciendo notar en muchos artículos de primera necesidad. Se han producido manifestaciones y movimientos de protesta; los sindicatos amenazan con huelgas, y la respuesta gubernamental es siempre la misma: no puede quebrarse la unidad interior ni tolerarse ningún incidente cuando el enemigo está a las puertas. Pero es una respuesta que no puede darse eternamente, y una vez más el Gobierno se encuentra ante las dos salidas clásicas: o negociar con el enemigo para que deje de serlo, o tratar de enfrentarse con él por la vía de la guerra.

Pero la guerra es un factor considerable de angustia en Israel. Hasta el año pasado, la nación se consideraba indiscutiblemente como capaz de manejar una guerra con posibilidades de triunfo. Ahora no. Las batallas de octubre fueron enormemente dañinas, y si se ha quebrado la fe en la política y la diplomacia, también se ha quebrado en la invulnerabilidad militar. Nadie está seguro de

si en un momento dado los Estados Unidos serían capaces de arriesgarse a una guerra mundial para ayudarles, nadie está seguro de que la nueva fuerza de los árabes —y las armas que, según Israel, están enviando en enormes cargamentos a los países árabes— podrían convertir una nueva guerra en una batalla definitiva. Esta manera de considerar el problema como el de la supervivencia es típica en el sistema de propaganda de Israel: nunca ha querido admitir que se trata de negociar condiciones de coexistencia, sino que ha planteado el tema como de vida o muerte. Lo está haciendo una vez más para recaudar la solidaridad de sus amigos y correligionarios de todo el mundo, pero nadie es capaz de decir si esta fórmula va o no a hacer efecto una vez más. Una gran parte de la opinión está cansada de la negativa de Israel a no ceder jamás y a no negociar jamás.

El discurso de Arafat ha sido duro, incluso muy duro. Ha planteado como un tema moral la existencia de Israel, de si una nación con vocación imperial y anexionista puede existir en el mundo de hoy; pero ha dejado viva la posibilidad del acuerdo, de la negociación. La respuesta de Israel ha sido, como queda dicho, el tanque y el cañón, pero puede no ser más que una respuesta visible, y en el fondo haya una meditación más realista de las cuestiones. Rabin, aun siendo un general con buenas victorias a su espalda, no es tan duro como Golda Meir o como el irreducible Moshe Dayan, que emparejaba la guerra a su propio prestigio personal. Rabin tiene la obligación ahora de ser más dúctil. ■



Sudáfrica ha quedado privada de sus derechos y privilegios hasta el final de la sesión de la Asamblea General, a la que ya no asiste desde su principio. Sin embargo, sigue perteneciendo a otros organismos de las Naciones Unidas en tanto cada uno de ellos no vote su expulsión. (En la foto, Vorster, primer ministro de la Unión Sudafricana.)

dos, los del Mercado Común, algunos latinoamericanos) y 19 abstenciones (entre ellas, la de España). Incluso muchos miembros de la Asamblea que han votado por el mantenimiento de Sudáfrica han insistido en el carácter aberrante de su régimen racista de "apartheid", pero han sostenido que les parecía ilegal esta expulsión según los conceptos de la Carta de las Naciones Unidas, que representaba un precedente peligroso y que, finalmente, no tendría ninguna eficacia. Los que estaban contra Sudáfrica manifestaron que, además del "apartheid" y otras prácticas racistas, Sudáfrica suponía un peligro militar para las naciones negras vecinas, que formaba bloque militar con Rhodesia con el mismo fin, y que entre ambas podría dar una nueva y feroz guerra al mundo al apoyar y sostener a las minorías blancas del África portuguesa en trance de descolonización.

Sudáfrica ha quedado de esta forma privada de sus derechos y privilegios hasta el final de la sesión de la Asamblea (el 17 de diciembre), a la que ya no asiste desde su principio (el 30 de septiembre, la Asamblea General vo-

ió contra la aceptación de las credenciales de la delegación sudafricana). Pretoria ha respondido retirando definitivamente su embajador y suspendiendo la contribución de su país a los gastos de la organización mundial (contribuía con un millón de dólares al año, aproximadamente).

Buteflika había pretendido que la expulsión de Sudáfrica se hiciera sin necesidad de votación, solamente por la decisión presidencial que interpretaba así la no aceptación de las credenciales. Se opuso, incluso con violencia verbal, el representante de los Estados Unidos, manteniendo que el presidente no tenía competencia para tomar una decisión de esa envergadura, y anunció su oposición terminante. En la Asamblea General no hay vetos, y, por lo tanto, la oposición de Estados Unidos cuenta como la de cualquier otro país; Buteflika aceptó poner el tema a votación, y ésta arrojó el resultado indicado.

Sin embargo, Sudáfrica sigue perteneciendo a otros organismos de las Naciones Unidas, en tanto cada uno de ellos no vote su expulsión; ésta sólo afecta a las sesiones de la Asamblea General. ■

ASAMBLEA GENERAL

La ONU de los pobres

Hace unos años, Indonesia se separó voluntariamente de las Naciones Unidas para fundar, con China, la ONU de los pobres: la otra, decían, está en manos de los poderosos, de los países ricos, y actuará siempre contra los otros. Cayó el régimen indonesio entre grandes matanzas de izquierdistas, China se integró en el sistema político mundial y la ONU de los pobres quedó olvidada. Ahora, la verdadera ONU, la de la Asamblea General, está manifestándose como una auténtica ONU de los pobres. Influye claramente la presidencia del argelino Buteflika: por sus calidades excepcionales de diplomático y por el creciente peso de su país en el Tercer Mundo. Esta es la Asamblea General que ha invitado a hablar a dos grandes grupos nacionales sin representación en la ONU, los palestinos y los por-

torriueños; la que ha escuchado a Costa Gomes exponer las condiciones de premeditación en su país; la que ha tomado acuerdos contra Chile —"la perfidia soviética ha logrado entronizarse en una de las instituciones más respetables que poseía el mundo", ha contestado Pinochet— y la que ha expulsado temporalmente a Sudáfrica por la práctica del racismo.

El caso de Sudáfrica es especialmente demostrativo porque, anteriormente, la moción de expulsión había sido examinada por el Consejo de Seguridad y rechazada por el veto triple de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia: es decir, por el dominio del "mundo rico" en el mecanismo. Este dominio no ha prevalecido en la Asamblea General. La votación contra Sudáfrica ha sido de 91 contra 22 (los tres países cita-

PERU

Amenazas de guerra con Chile y Bolivia

Perú y Chile entraron en guerra en 1879: fue la guerra del Pacífico, la guerra del Nitrato. Perú era aliado de Bolivia y las dos na-

ciones fueron vencidas por Chile. La guerra tuvo varias treguas y varias reanudaciones, y, finalmente, Chile se llevó algún trozo de